

Ramón Mujica Pinilla
***Rosa limensis. Mística, política e iconografía en torno a la
patrona de América***

Lima: Banco Central de Reserva del Perú; Fondo de Cultura
Económica; IFEA, 2001. 485 páginas. ISBN: 9972-623-17-355

María Piedad Quevedo Alvarado
Pontificia Universidad Javeriana, Colombia

En las dos últimas décadas, un renovado interés por la historia de la religión y su relación con las prácticas sociales ha dado como resultado un buen número de trabajos desarrollados desde diferentes disciplinas, tales como la crítica literaria, la historia, los estudios culturales, los estudios de género, la sociología, la antropología histórica, entre otras. Ubicados en la Colonia hispanoamericana, estos han centrado la discusión en la profundidad con que en realidad fueron apropiados los elementos religiosos cristianos por parte de los indígenas, las resignificaciones que recibieron y su final adopción dentro de los usos cotidianos de las nuevas sociedades americanas de los siglos XVII y XVIII.

Las formas de religiosidad practicadas en la América hispánica fueron muy variadas y no estuvieron sujetas a un solo grupo social. El cristianismo, al expandirse como elemento cultural, permitió ciertas libertades en la apropiación que de él hicieron los evangelizados, pero también en aquellos que lo conocían desde antes, y favoreció la persecución de intereses políticos y sociales bajo la bandera de la devoción y la piedad cristianas. Esta relación entre conciencia política y conciencia religiosa, que ya Marcel Bataillon había desarrollado, es retomada por Ramón Mujica Pinilla en su trabajo sobre Rosa de Lima, que estudia la figura de la primera santa americana en su relación con lo político y lo social, a través de su configuración como mito fundacional del nacionalismo peruano.

Para ello, Mujica Pinilla se ubica en la antropología histórica y analiza la influencia de Rosa en la sociedad limeña del siglo XVII, desde distintas miradas, que integran lo místico, lo político, la situación de la mujer en la Iglesia y el estudio de la hagiografía y de la imagen. Se parte del reconocimiento de la hagiografía no solo como un modelo de virtud cristiana, sino como una fuente de gran importancia para estudiar el influjo de los santos como actores sociales. El caso de las biografías de Rosa resulta peculiar, pues su fama de santidad no fue muy extendida durante su vida, sino especialmente en las circunstancias de su muerte –gracias a la labor de los confesores de la santa, que deciden propagar los alcances de su vida espiritual–. Esto hace también que, junto con las devociones que suscita, proliferen

las ediciones de su vida y sea tomada como modelo de virtud cristiana femenina, pero también como emblema de las luchas de los diferentes grupos sociales de la época y como símbolo del triunfo de la Iglesia indiana sobre la idolatría y el paganismo.

En su uso de la hagiografía como una de las fuentes de investigación, Mujica Pinilla expone varios enfoques para su interpretación. En el primero de ellos, el urbano, enmarca la experiencia mística de Rosa en la Lima virreinal del XVII, una ciudad en crecimiento en donde más del diez por ciento de la población era religiosa, y en la que se dio un momento de confluencia de personalidades como la misma Rosa, Martín de Porras, el lego Juan Macías, entre otros. Este ámbito urbano sirve también para mostrar las relaciones y las rivalidades entre las órdenes religiosas, que encontraban en la santidad en general, y en la de Rosa en particular, la validación de su propia experiencia espiritual y una valiosísima fuente de prestigio religioso y social. Es así como Rosa será dominica y franciscana a la vez, vistiendo ambos hábitos, razón por la que los jesuitas toman a “La azucena de Quito”, Mariana de Jesús, como propia. Pero es precisamente en su vínculo espiritual con los jesuitas que Rosa inicia la comunicación de sus visiones sobrenaturales, un dato importante, si se tiene en cuenta la influencia jesuita –tanto teórica como práctica– en los desarrollos de la mística en territorio hispanoamericano.

Un segundo enfoque propuesto por Mujica tiene que ver con el análisis crítico de los procesos de beatificación y de canonización de Rosa, que dejan ver los intereses políticos que estaban en juego con la proclamación de santidad de un personaje originario de las Indias, evento que validaba la experiencia religiosa del Nuevo Mundo, pero que también impulsaba la creación de una conciencia criolla que reclamaba autonomía sobre el territorio y sobre los procesos políticos y sociales que se llevaban a cabo en él. Este análisis se ve nutrido en gran medida por la extensa muestra iconográfica de Rosa, que incluye pinturas en las que la santa aparece rodeada de todos los grupos sociales de la Lima del siglo XVII, imágenes marianas con coronas de rosas, visiones de Rosa en compañía del Cristo cantero, los desposorios místicos con el Niño Jesús, todas las cuales reflejaban la validación de la religiosidad indiana y centaban a Rosa como el emblema de esa nueva *Jerusalem* que era América.

Así mismo, la sociología de la santidad es utilizada para mostrar la comunicación y los intercambios entre los diferentes grupos sociales, que tenían en común el culto a la santa y las interrelaciones dinámicas. Pese a las marcadas diferencias en el aspecto social, la devoción a Rosa fue un elemento de cohesión determinante en su configuración como mito fundacional nacionalista: era símbolo de los criollos, símbolo de la concordia española, promesa de la restauración del antiguo imperio inca, profetizada por Rosa, pero no con el retorno de los antiguos dioses sino con el

inca católico que llevaría a su máximo esplendor la religión de Cristo. Su culto unificó a la sociedad y la proyectó no solo en el ámbito religioso sino en el político y el social, al encarnar los ideales de los grupos que participaban de su devoción y servir como elemento igualador frente a la Iglesia europea: América era también una tierra de santos, por lo que Rosa vino a figurar todos los ideales de la Contrarreforma.

Con esto, Mujica Pinilla busca ubicarse un paso adelante de las posturas mexicanistas, defendidas por Elisa Vargas Lugo y David A. Brading, y demostrar la centralidad de Rosa en la formación del nacionalismo peruano, pues en ella se unían todas las razas y las clases sociales de Lima, pese a que esta ciudad no tenía la continuidad histórica de México-Tenochtitlán. Con todo, Mujica persiste en resaltar la importancia de Rosa, incluso en la Nueva España, en donde alguna parte del arte religioso está dedicado a la santa y para cuyas religiosas novohispanas fue modelo. Y enfatiza en que su culto se inicia en Perú y no en la Nueva España, como sugieren algunos historiadores.

Finalmente, a través de las referencias a la mitología clásica que muestran el carácter escatológico y mesiánico que tuvo la canonización de Rosa, la santa aparece como la Rosa-Astrea que regresa a la tierra personificando el mito de la renovación imperial, según el cual Astrea volvería bajo el reinado de Carlos V, que conjugaba las casas de Austria y de Aragón, pues sólo podría reinar dentro de un orden monárquico universal. Esta interpretación de la santidad de Rosa mostraba el significado espiritual dado al descubrimiento y a la conquista de América, y a Carlos V como “Nuevo Mesías” que dirigiría esa monarquía cristiana universal sobre el Nuevo Mundo, con un poder casi ilimitado de vigilancia sobre los infieles y la administración de los bienes de la Iglesia.

Aparte de las fuentes hagiográficas, Mujica Pinilla utiliza los dos procesos seguidos para la beatificación y posterior canonización de Rosa: el ordinario, abierto en 1617, con 88 testigos, que termina en 1618, y el apostólico, que se inicia en 1630 por mandato papal y acaba en 1632. Este segundo proceso integra a los testigos del ordinario e incluye otros. En ambos, según Mujica, el 67% de los testigos son indios, “una cifra esclarecedora que evidenciaría un protagonismo sociorracial vinculado con el ‘emergente nacionalismo criollo’” (p. 45). Así mismo, se vale del expediente inquisitorial abierto contra Juan del Castillo, médico seglar del Santo Oficio y examinador de Rosa, que fue acusado de alumbradismo, al contagiarse por la doctrina de la impecabilidad, según la cual, una vez unido con Dios, ya no es posible pecar. Este expediente le sirve a Mujica para hallar un corte con el alumbradismo peninsular, y referir que “lo que en el Perú pasa por brotes americanos de la epidemia española alumbradista, corresponde en realidad a un movimiento potencialmente explosivo de renovación espiritual laica marcado por un impetuoso mesianismo apocalíptico” (p. 41). La relación de Rosa con la Astrea

de la IV égloga de las *Bucólicas* de Virgilio proviene de la obra de Ventura Trávada *El suelo de Arequipa convertido en cielo*, a la que se añade una numerosa literatura, cuyo tema central fue la patrona de América, escrita dentro y fuera del virreinato de Perú.

Otro de los aportes de Mujica Pinilla se halla en el contraste entre las fuentes documentales y la literatura emblemática con la iconografía rosista de los siglos XVII y XVIII. Así, establece una pertinente relación entre la representación iconográfica y los discursos religiosos, que evidencia el vínculo entre palabra e imagen, fundamental para entender las manifestaciones de la religiosidad barroca.

Las fuentes seleccionadas, tanto escritas como iconográficas, permiten valorar la figura de Rosa dentro y fuera de Perú, pues su impacto se evidencia tanto en las múltiples representaciones plásticas (pinturas y esculturas) como en las numerosas ediciones de su vida, escritas por muchos biógrafos, así como su culto en otros territorios hispánicos y su adopción como modelo de vida cristiana femenina. La inclusión de los apéndices con el sermón de beatificación y la oración panegírica debe contarse como un aporte adicional de Mujica, pues contrasta estos textos con otros de su misma especie escritos en la Nueva Granada, por ejemplo, pues en alguna de la hagiografía novogranadina la primera santa de América es citada ampliamente como modelo espiritual y protagoniza visiones que validan la experiencia religiosa de las monjas de esta parte de América. De allí que el valor del trabajo de Mujica Pinilla no se halle exclusivamente en su aporte a la historiografía peruana, sino que traspasa ese límite y se convierte en referente clave para la historia de la mística neogranadina, que está en mora de hacerse.